

Los soldados pasaron al servicio del duque de Valentinois que encontró panegiristas; no pudiendo Pisa resistirse ya contra Florencia, se entregó á él; ya ambicionaba á Siena con la idea de abatir á Pandolfo Petrucci, que daba impulso á la liga formada contra él (17).

dándole á conseguirlo los beneficios que dispensó á muchos de ellos: así ni el ejemplo de los demás que se revelaban, ni la memoria de los antiguos señores, les inducían á sustraerse de la obediencia del duque de Valentinois.»

(17) Es curioso ver con qué impudencia César Borgia se confiaba á Maquiavelo.

«Ves en qué punto me encuentro con los que eran enemigos comunes de tus señores y los míos. Porque los unos han muerto ó están prisioneros, y los otros fugados ó sitiados en sus hogares; entre estos últimos está Pandolfo Petrucci, que debe ser nuestro último trabajo en nuestra empresa, para llegar á la seguridad de los Estados comunes. Es necesario arrojarlo de su casa, porque conociendo su carácter puede hacer dinero, y el lugar en que está, sería, mientras que él estuviera en pie, un foco de donde podría partir un grande incendio. No hay que dormirse con respecto á él; lejos de esto es necesario combatirle *totis viribus*. No creo que sea difícil arrojarle de Siena, pero quisiera tenerle entre mis manos; y, para conseguirlo, piensa el papa adormecerle con breves, haciéndole entender que es bastante que tenga á sus enemigos por enemigos. En este tiempo me adelanto con el ejército. Es bueno engañar á estas gentes que se han mostrado maestras en traiciones. Los embajadores de Siena, que se me han presentado en nombre de la bailía me han hecho buenas promesas, y les he asegurado que no ataco su libertad, y que mi único deseo es que echen á Pandolfo. He escrito también una carta al concejo de Siena, dándoles á conocer mis intenciones, y deben tener una buena idea de ellas, después de lo que ha pasado en Perugia y Castello, que he remitido á la Iglesia sin querer conservarlos. Además, al amo de todo, que es el rey de Francia, no le agradaría que yo tomase á Siena para mí, y no soy tan temerario que lo piense: este concejo debe, pues, prestar fe á lo que le digo, á saber: que no quiero atacar nada de lo que le pertenece, y si solo arrojar á Pandolfo. Deseo que tus señores certifiquen y proclamen esta intencion de mi parte, que es *solum* de apoderarme de este tirano. Creo que el concejo de Siena me creerá; pero si no me cree, estoy dispuesto á marchar adelante, á poner la artillería á sus puertas, y á hacer *ultimum de potentia* para arrojarle. He querido comunicarte esto, á fin de que esos señores conozcan mi pensamiento, y con el objeto de que sepan que si el papa dirige un breve á Pandolfo, no ignoren por qué, en atencion á que estoy dispuesto, después de haber arrebatado sus armas á mis enemigos á quitarles su cabeza, que consiste enteramente en Pandolfo y sus manejos; desearia, además, que rogases á tus señores el que en caso de necesidad de alguna ayuda en este negocio me la proporcionasen para ayudarme contra el dicho Pandolfo. Creo verdaderamente, que si hace un año hubiera prometido á esa señoría destruir á Vitellozzo y á Liverotto, reducir á los Orsini, á arrojar á Juan Pablo y á Pandolfo, por precio de cien mil ducados, se hubiera apresurado á dármelos. Habiéndose verificado la cosa con tanta estension, sin que le haya costado nada, sin que haya tenido que hacer un esfuerzo ni por qué inquietarse, aunque la obligacion no sea *in scriptis*, es sin duda tácita: bueno será, pues, comenzar por cancelarla, con el objeto de que no nos parezca ni á mí ni á los demás, que esta ciudad se manifiesta ingrata, contra sus costumbres y carácter.»

Muerte de Alejandro VI.—Pero la hora de los Borgia había sonado. César lo había preparado todo para poder, en caso de fallecimiento de su padre, quedar árbitro del cónclave, y ascender al papado á una de sus hechuras; pero queriendo Alejandro VI, según se dice, envenenar al cardenal Corneto, á quien había convidado á una colacion, bebió por equivocacion el vino destinado á aquel prelado y murió. El duque de Valentinois se encontró también á la muerte; pero no obstante, se restableció. Sostenido por el cardenal de Amboise, que contaba con él para ascender á la tiara, se apoderó del tesoro pontificio, que ascendía á 100,000 ducados; colocó doce mil hombres en el Vaticano, y fortificó el castillo de San Angelo. Acudieron los Orsini y los Colonna para derribarle, estallaron los odios, incendiáronse las casas, saqueáronse las tiendas, asolaronse los campos. Fabio Orsini se lavó las manos y la cara en la sangre de un Borgia; batiéronse los franceses y españoles dentro de Roma, y en fin, los embajadores y las derrotas indujeron á César á salir de ella.

Pío III, que no reinó más que veinte y seis días, tuvo por sucesor á Julian de La Rovère (1503), que enemigo encarnizado de los Borgia, había estado siempre sobre las armas ó desterrado. Tomó el nombre de Julio II, se dice de él que había arrojado al Tiber las llaves de san Pedro, para no conservar más que la espada de san Pablo. Pronto se anudaron las alianzas con la Francia y la España; varios señores volvieron á sus Estados; todas las ciudades se pusieron sobre las armas, y el duque de Valentinois, preso y acorralado, cedió los castillos ocupados en su nombre. Soltóle el papa entonces, para cumplirle la palabra que le había dado, con el objeto de tener el voto de los cardenales de su partido, y se refugió en Nápoles, donde Gonzalo de Córdoba le recibió con muchas consideraciones hasta el momento en que Fernando le mandó le enviara á España. Fué allá bajo la palabra de honor del monarca castellano; pero envuelto en la misma política astuta de que era maestro, fué preso á su llegada (18). Habiendo conseguido huir y refugiarse al lado de su cuñado Juan II, rey de Navarra, fué muerto en una batalla.

Las fáciles conquistas de los últimos años habían aguijoneado la ambicion de los potentados extranjeros: la Francia, la España y el emperador no veían ya en la Italia más que una presa de que apoderarse, y disputaban á cuál pertenecería, sin que ninguno de ellos pensase en sus

(18) En el momento en que el duque de Valentinois fué preso, Baltasar Escipion de Siena mandó fijar por toda Europa un cartel, desafiando á todo español que se atreviese á sostener que «el duque de Valentinois no había sido retenido en Nápoles, á consecuencia de un salvo-conduto del rey Fernando y de la reina Isabel, con insigne falta de fe y gran infamia de sus coronas.» LUIS DA PORTO, carta 30.

verdaderos poseedores (19). Resentido Luis XII por el engaño con que le habían arrebatado el reino de Nápoles, envió á Luis de la Tremouille con suizos é italianos para restablecer allí sus negocios. Comprometió una batalla en el paso del Garellano, en la que Pedro de Médicis se ahogó, y la victoria quedó por Gonzalo (15 de mayo de 1504). Desprovisto el vencedor de dinero y viendo á sus tropas sufrir por el clima, aconsejó al rey aceptar una tregua que se firmó por tres años. Fué seguida del matrimonio del anciano rey Fernando con Germana de Foix (1505), sobrina de Luis XII, quien le cedió sus pretensiones sobre aquel reino. Después, cuando el tratado de Blois, el emperador Maximiliano consintió en abandonar Milan á la Francia, mediante 20,000 florines al año y un par de espuelas de oro.

De esta manera permanecían en Italia dos grandes potencias extranjeras, que mutuamente se guardaban respeto; pero que no podían considerarse como dueñas, en atencion á que se encontraban á merced de sus generales. Principalmente Gonzalo podía considerarse como rey; y por más que Fernando le llamaba, no obedecía. Fué, pues, Fernando en persona, y con el pretexto de elevarlo á la dignidad de gran maestre de Santiago de Compostela, se lo llevó á España y lo tuvo desterrado de la corte, castigándole de esta manera de sus hazañas; hasta el momento en que murió á la edad de setenta y tres años (1515).

Si los demás países de Italia no habían perdido su independencia después de una guerra desastrosa de diez años, habían recibido gobiernos poco favorables al pueblo, y no podían confiar en una tregua que se asemejaba á un alto para recobrar aliento y comenzar de nuevo una lucha más terrible.

Continuaba Pisa resistiéndose á Florencia, ofreciéndose tan pronto á uno como á otro, hasta al mismo duque de Valentinois, antes que volver á caer bajo el yugo de su rival, que había arruinado su comercio, robado su poblacion, y reducido á pantanos las cultivadas llanuras de que estaba antes rodeada. Los españoles la favorecían por odio á los franceses, con el asentimiento de Petrucci y Baglione, envidiosos ambos de la república vecina. Pero los socorros que recibían los pisanos eran muy débiles y consistían sobre todo en promesas.

Génova.—La miseria de Pisa servía también de pretexto á las facciones de Génova, que había pasado del dominio de los Esforcia bajo el de la Francia, conservando su administracion republicana, aunque

(19) En las cartas escritas por Maquiavelo, como embajador, á la corte de Francia, leemos: «El rey tiene la costumbre de decir, á un hombre que no miente. «El emperador me ha invitado varias veces á dividir con él la Italia; no he querido nunca consentir en ello; pero ahora el papa me obliga á hacerlo.» 9 de agosto de 1510.

su poblacion, comercio y fuerza hubiesen declinado. Favorecidos los nobles por el gobernador francés y guiados por Juan Luis del Fiesco, se manifestaban afectos á los intereses de la Francia, hasta el punto de estar en oposicion con la clase media y no admitir la soberania de Pisa, que se ofrecía voluntariamente por súbdita á la que había hecho tanto sacrificio por someterla. De aquí continuas riñas y hasta revoluciones, que apenas podían reprimir los franceses. La clase media pretendía que se les quitasen á los nobles, es decir, á los descendientes de los Doria, de los Espinola, de los Fieschi y de los Grimaldi, sus castillos fuertes, y que los bienes de la Ribera fuesen regidos por las leyes comunes. Los nobles, en revancha, iban armados de puñales en los cuales estaba escrito: *castiga villanos*. Pero los villanos de Génova han mostrado más de una vez á sus opresores como hieren las piedras de su país; y en aquella fermentacion un insulto que se hizo á un vecino determinó una sublevacion. Luis XII envió fuerzas para apaciguarla, pero el pueblo reclamó el apoyo del papa, su compatriota y el del emperador: al mismo tiempo eligió á un dux popular, al tintorero Pablo de Novi, lo que equivalía á una declaracion de independencia (20). El mismo rey Luis XII fué en persona con suizos y franceses; las milicias no pudie-

(20) «Fuese por la variedad de las razas que poblaron la Liguria, ó como creo, por la oposicion inconciliable entre una ciudad opulenta y el feudalismo que se había guarecido en las montañas vecinas, el hecho es que Génova en sus mejores tiempos no tuvo nunca una grandeza estable, porque ni los pueblos ni la aristocracia dominaron allí jamás con seguridad; esto le impidió adquirir, según debía, el señorío del Mediterráneo. Venció la rivalidad de Pisa; pero se estrelló contra las fuerzas de Venecia, más constante en sus propósitos y más italiana. Derrotada en los mares y desunida en lo interior, mostró un ejemplo, nuevo hasta entonces, á las ciudades italianas: entregó su libertad á la Francia; después buscó un amo en Italia, y obedeció á los señores de Milan, siendo así que valía más que Milan por su poderío marítimo y sus empresas memorables. Volvió á caer en manos de los franceses en 1500, á modo de una esclava fugitiva, sucediéndoles los españoles, y tornando luego por tercera vez los franceses. Aquellos años fueron de los más calamitosos para Génova; las guerras de Italia la asolaban á cada cambio de fortuna, y lo peor de todo era que Savona se había rebelado y la amenazaba con ser su rival. A Génova en medio de tantos males, aun le quedaba tiempo para despedazarse á sí misma; nobles y plebeyos, güelfos y gibelinos, Adornos y Fregosos, combatían confusamente, y la discordia tenía cien nombres, cien rostros y cien manos levantadas para arruinar la famosa ciudad. Sin embargo, las fuerzas internas no se habían estinguido, como en otros puntos, ni se habían echado á perder enteramente la plebe ni los nobles por una larga tiranía. Génova no había llegado al último grado de su prosperidad; no se había abusado allí del ingenio ni de la libertad, y en aquellos años la Liguria produjo las tres naturalezas más vigorosas que la Italia poseía á la sazón: Colon, Julio II y Andrés Doria.» GIÒ CAPPONI, *Notas á los documentos de historia italiana*.

ron resistir al choque de los batallones disciplinados, y el caballero Bayardo iba gritando: *Hola, mercaderes, defendeos con vuestras varas de medir, y dejadnos las picas y las lanzas.* Génova fué tomada y entregada al saqueo (abril de 1507). Prometió el rey perdón al pueblo, que había salido á su encuentro con ramos de olivo; pero setenta y nueve culpables no se libertaron por eso del verdugo; vendido el dux por uno de los suyos, fué descuartizado; impúsose á sus habitantes una contribucion de 200,000 florines, que era la tercera parte de las rentas de la Francia; quemáronse los privilegios; construyóse una fortaleza en el faro y se estableció un gobierno, en el cual los nobles tenían derecho á la mitad de los empleos. Los historiadores celebraron la clemencia de su majestad cristianísima.

Entonces cesaron los socorros proporcionados á los pisanos, que «sin ninguna asistencia, solos y muy débiles, no aceptados por Milan, rechazados por los genoveses, mal vistos por el pontífice y poco sostenidos por los sieneses, permanecían tenaces, esperando en las vanas promesas de otros, al mismo tiempo que en la debilidad y desunion de los florentinos» (MAQUIAVELO). Pero por más que emplearon para sostenerse todo lo que poseían, toda su fuerza, y mostraron por espacio de catorce años un valor y una perseverancia de héroes; atacados á la vez por corsarios y ejércitos, traqueados por las intrigas de la Francia y de la España, que no querían proteger su libertad, sino sacar el dinero vendiéndolos, se vieron precisados á resignarse á sufrir su antigua servidumbre (1509). El precio de esta sumision se estipuló, tanto en Paris como en Madrid, donde ya se decidían los destinos de Italia, y se fijó en 100,000 ducados para el rey de Francia y 50,000 para el de España, que Florencia se comprometió á pagarle. Trató por lo demás á los vencidos con generosidad, no contentándose sólo con perdonarlos sino devolviéndoles los arrendamientos percibidos en los campos, así como también las franquicias del comercio. Algunas de las principales familias continuaron el oficio de las armas y entraron en el servicio; otras se trasladaron á Palermo, Luca y Cerdeña.

El sitio de Pisa es también memorable por la *ordenanza florentina* que se vió entonces por primera vez: era un cuerpo de diez mil campesinos equipados por la señoría, según consejo de Maquiavelo, que llevaba un traje blanco uniforme, los calzones en parte blancos y en parte rojos, armado como los suizos y los alemanes, y que hacían el ejercicio los días de fiesta. Costaron menos que las bandas asalariadas, y se mostraron más disciplinados; porque la guerra se hacía con tropas mercenarias, de las cuales las mejores se sacaban de la Suiza: gente venal, que con poco que el sueldo se retardase, se negaban á obedecer, se apoderaban del general, y á veces le obligaban á dar una batalla en circunstancias desfavorables, ó in-

tentar empresas mal combinadas con sólo la esperanza del saqueo.

Animado Julio II con pensamientos belicosos, político hábil, dotado de una mirada previsorá y segura, fomentó aquel frenesí de guerras é intrigas. Viendo que el papado había descendido desde la sublime altura que ocupaba en la Edad Media, para representar el papel de un principado terrestre, quiso al menos reponerle en la condicion en que estaba; y durante diez años dominó á los fuertes á la cabeza de un país débil y dirigió los negocios de Europa. Disgustado de aquellas soldadescas brutales que disponían á su antojo de la Italia, y ante las cuales había temblado Alejandro VI, concibió la noble idea de *libertar á Italia de los bárbaros*; pero la sacrificó varias veces á intereses secundarios, para los cuales llamó él mismo á los extranjeros á quienes quería arrojar. Pensó primero que la Romaña volviese bajo su autoridad; pero los venecianos, cuya ambicion se había dirigido inconsideradamente hácia la tierra firme, habían ocupado á Rímíni y á Faenza. se negaban á restituirlas, y favorecían á los demás señores que se resistían á la Santa Sede. Disimuló Julio hasta el momento en que bien provisto de tropas, dinero y alianzas, precedido por entredichos y seguido de ejércitos, sitió en Perugia á Juan Pablo Baglioni (noviembre de 1505). Dejando atrás á su ejército, entró solo en la ciudad con toda su corte; y aquel jefe á quien no habían asustado ni el parricidio ni el incesto, retrocediendo delante de un sacrilegio, no se atrevió á mostrarse criminal hasta el extremo, y se dejó hacer prisionero. Julio arrebató después Bolonia á Juan Bentivoglio, y sin atacar los privilegios ni el gobierno popular de aquella ciudad, le confió á un senado de cuarenta ciudadanos que ha durado hasta este siglo.

Había sido ayudado el papa en esta expedicion por la Francia; pero concibió recelos de esta potencia cuando supo que enviaba un ejército á recobrar á Génova, y sobre todo, cuando se extendió un sordo rumor que anunciaba que Luis XII se proponía bajar á Italia (1507), donde á la cabeza de un gran ejército, con el apoyo de ocho cardenales y treinta obispos y arzobispos, tenía intencion de deponer á Julio II para sustituirle el cardenal Amboise y hacerse coronar emperador. Dirigióse entonces Julio á Maximiliano. Este príncipe, que había ya roto el tratado de Blois, concluido en la Francia, y que ardía en deseos de poseer la corona imperial para devolverla á su hijo, convocó los Estados en Constanza, les representó la ambicion de Luis, y los afectó hasta derramar lágrimas con su elocuencia. Pero en lugar de treinta mil hombres que pedía sólo se le concedieron doce mil, de los cuales apenas se presentaron la tercera parte, y sólo por seis meses. Entonces intimó á los Estados italianos la órden de enviarle los hombres y subsidios que se le debían en semejante caso; pero formulaba pedidos exorbitantes, como emperador que no podía contar sino con recur-

ros de fuera, y que necesitaba tomar á su sueldo á los suizos, ávidos de dinero. En su consecuencia fué mal secundado por todo el mundo. Por otra parte, los venecianos, á instigacion de la Francia, se le opusieron abiertamente (1508), der-

rotaron sus primeros destacamentos, y le arrebataron los puertos del Adriático. Privado entonces del socorro de los suizos y de los alemanes, le fué preciso volver atrás, con la vergüenza que por lo comun sacaba de sus empresas.